

Breve historia de la esperanza

MATHIEU BÉLISLE

Traducción de Palmira Feixas

Título original: *Une brève histoire de l'espoir*

Copyright © 2025, Lux Éditeur

Publicado gracias a un acuerdo con Lux Éditeur, en colaboración con su agente, 2 Seas Literary Agency, y su coagente, SalmaiaLit

© de la traducción: Palmira Feixas, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es



Primera edición: octubre de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: *L'Apothéose de la canaille, ou le triomphe de Robert Macaire*, Louis-Maurice Butet de Monvel (1884-1885)

Imagen de solapa: © Maxime Boisvert

ISBN: 979-13-991858-8-1

Depósito legal: B 19106-2026

Impresión: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los seres humanos perecen porque son incapaces de
enlazar el principio con el fin.

ALCMEÓN DE CROTONA (siglo V a. C.)

No somos sino recipientes vacíos en los que irrumpe el
aluvión de la historia.

ETTY HILLESUM (1941)

Todo empieza una noche de fiesta, cuando un amigo que está un poco achispado se pone a hablar del futuro y del cambio climático. Ese verano, hay incendios por todas partes, los bosques se abrasan, huele a quemado y el sol se vuelve rojizo en pleno día, velado por una espesa humareda que se esparce por regiones enteras. Estamos sentados a la mesa, adultos y niños. El amigo en cuestión se dirige a mis dos hijas y, con un tono que al principio no sabemos distinguir si es serio o burlón, las sermonea: «Niñas, el mundo va a arder, dentro de veinte o treinta años, ¡todo va a arder! ¡Os vamos a necesitar! ¡Tendréis que salvarnos!». Tras un instante de vacilación, mi hija mayor se echa a reír, al igual que los adultos que la rodean. Ha comprendido que nuestro amigo está exagerando, algo bastante habitual en las veladas en las que corre el alcohol. Sin embargo, antes de meterse en la cama, presa de la inquietud, la menor me pregunta: «Papá, ¿es verdad que el mundo va a arder?».

He escrito este libro para saber qué responderle.

PRIMERA PARTE

Los comienzos

En *Los trabajos y los días*, el poeta Hesíodo cuenta cómo se vengan los dioses de Prometeo, que les ha arrebatado el fuego. Con agua y arcilla, moldean una mujer, Pandora, a la que cada dios concede una virtud: Atenea, la sabiduría; Afrodita, la belleza; Apolo, el don de la música; Hermes, el arte de la mentira. Así, Pandora seduce al hermano de Prometeo, llamado Epimeteo, y Zeus bendice su unión. Como regalo, el padre de los dioses ofrece a Pandora una jarra, aunque durante mucho tiempo se pensó que era una caja, a causa de un error de traducción de Erasmo de Rotterdam, que confundió dos historias, la de Pandora y la de Psique. Zeus advierte a Pandora de que no abra la jarra bajo ningún pretexto, al igual que Yavé prohibió a Adán y Eva que comieran el fruto del árbol plantado en medio del jardín del Edén.

Pandora, por supuesto, acaba sucumbiendo a la tentación, como Adán y Eva, cosa que libera todos los males que a partir de entonces aquejan al ser humano: la enfermedad, la guerra, la vejez, la miseria, la hambruna, la locura, el vicio, la pasión o el orgullo. Cuando Pandora cierra la jarra, ya no queda nada dentro, salvo una cosa: la esperanza.

¿Por qué en el interior de la jarra de Pandora únicamente queda la esperanza? ¿Qué extraño significado tiene eso? Las innumerables interpretaciones del mito difieren en este punto. Las más pesimistas consideran que, además de padecer todas las desdichas, el mundo fue despojado de la esperanza, y que esa carencia constituye una desgracia más. Otras lecturas más cínicas piensan que afortunadamente, al permanecer la esperanza al fondo de la jarra de Pandora, la humanidad se libró de esa catástrofe (porque creen que no hay nada más estéril que aguardar que las cosas mejoren). Por último, los optimistas están convencidos de que los dioses quisieron dar consuelo a los seres humanos dejando la esperanza aparte, como su único bien.

¿Acaso la esperanza es nuestro bien máspreciado o, por el contrario, el peor de los males? Desde Hesíodo, las distintas tradiciones filosóficas y religiosas han formulado ideas contrarias, sin que se haya llegado a zanjar la cuestión. En el fondo, tal vez no hayamos heredado la esperanza en sí, sino la ambigüedad que la envuelve.

Para los griegos, no hay vuelta de hoja: lo mejor nunca está por llegar, sino que pertenece al pasado. Más vale esperarse lo peor. Tras la Edad de Oro, la humanidad vivió la Edad de Plata y la Edad de Bronce, antes de entrar en la Edad de Hierro, que corresponde al presente y es la peor de todas y está condenada a copiarse a sí misma, según la ley del eterno retorno. Sin embargo, a tenor de Hesíodo,

no parece que las cosas vayan a arreglarse, porque, hastiados por la maldad de los seres humanos, los dioses acabarán retirándose del mundo: «a los hombres mortales solo les quedarán amargos sufrimientos y ya no existirá remedio para el mal».¹ Avisados estamos, pues.

4

En la *Ilíada* de Homero, la palabra «esperanza» solo aparece una vez, en un detalle menor, al principio del canto VI: un ataque del guerrero Áyax a los enemigos «hizo que amaneciera la esperanza entre sus compañeros».² En la *Odisea*, la palabra figura tres veces, como un defecto, como una ausencia. Por su parte, el Edipo de Sófocles vislumbra «un ligero fundamento a nuestra esperanza»³ cuando cree, equivocadamente, que ha encontrado una explicación para las desdichas que azotan su ciudad, pero la esperanza enseguida se desvanece.

Pese a que los griegos tienen una diosa de la esperanza, esta ocupa uno de los últimos lugares en el panteón, hasta tal punto que pasa desapercibida: ¿acaso alguien ha oído hablar de Elpis? La pobre es tan tímida que carece de culto y de templo; parece que la divinidad se haya manifestado allí porque sí.

5

Los griegos tienen a Elpis, los egipcios tenían a Iah, los romanos tendrán a Spes: la esperanza siempre está encarnada por una mujer.

La palabra «esperanza» no existe en sumerio y nadie sabe cómo decirla en egipcio, dado que las únicas emociones que se pueden expresar por medio de jeroglíficos son las más exteriores y visibles. En Egipto, la esperanza es cosa de los dioses, como atestigua *Iah*. Los seres humanos pueden mostrar su previsión () su falta () y su determinación () pero no su esperanza, que está ligada a lo indecible.

Pero ¿acaso tiene sentido encontrar una palabra para nombrar la esperanza en egipcio si en esa lengua «yo» es una planta ()?

Los grandes filósofos de la Antigüedad condenan de forma categórica la esperanza. Epicuro la considera una pasión inútil, porque está ligada al temor. Epicteto lo convierte en su lema: «Ni esperanza ni temor».⁴ Y Séneca dice exactamente lo mismo en sus *Cartas a Lucilio*: «Dejarás de temer cuando hayas dejado de albergar esperanzas».⁵

Para atreverse a hablar de la esperanza sin rechazarla, un filósofo debe estar entre la espada y la pared. Es el caso de Sócrates justo antes de suicidarse con veneno, mientras trata de consolarse como buenamente puede. Rodeado por sus amigos, que ya lloran su muerte, asegura, entre suspiros: «No me irrita tener que morir, porque tengo la esperanza de que existe algo para los muertos y de que, como se dice desde antiguo, será mucho mejor para los buenos que para los malos».⁶ La escena es conmovedora. No cabe duda de que la cicuta que se acaba de tragar

ya le está haciendo efecto. Pero, por mucho que Sócrates hable de «esperanza», su afirmación es el equivalente de un pase *Hail Mary* en el fútbol americano: un último recurso, las palabras de un desesperado que decide invocar la esperanza en el preciso instante en que la ha perdido por completo.

8

En Platón, la cosa se complica un poco. Es verdad que el filósofo está convencido de que la muerte no supone el fin de todo. Pero cree que la vida que le aguarda tras la muerte no es distinta o mejor, sino idéntica a la que tuvo antes de llegar al mundo, cuando el alma todavía no estaba encerrada en el cuerpo («la prisión del alma»). De ahí que, al fallecer, no se produzca una apoteosis o una redención, sino que simplemente se aligere el sufrimiento, como si la esperanza fuera una remota posibilidad: «Siempre conviene albergar la esperanza de que, entre los favores que concede, la divinidad sustituya las grandes desgracias que nos abruman por otras más ligeras».⁷ Desde luego, muy entusiasta no parece.

9

Si los griegos recelan de la esperanza, o apenas le conceden importancia, es porque la propia palabra «*elpis*» resulta tramposa, «es de doble filo».⁸ Únicamente designa la facultad de esperar aquello que va a suceder. Esperar, pues, significa prever, estimar, calcular, anticipar... tanto lo mejor como lo peor. Como se proyecta hacia un futuro

desconocido, la esperanza es indisociable de la angustia, que puede nacer tanto del entusiasmo como del terror.

En esa ambigüedad el pensamiento griego se asemeja al de Oriente. ¿Acaso Buda no considera que la esperanza, al igual que el deseo y la espera, siempre es sinónimo de sufrimiento? Pese a que en tibetano existe una palabra que significa esperanza, la sabiduría dicta que jamás se pronuncie sola: «*reba*». Se acostumbra a decir «*re dogs*», fruto de la suma de esperanza y de su contrario, el miedo: «*dogs pa*». El hecho de decir «*re dogs*» en lugar de «*reba*» es una forma de recordar que la esperanza siempre es una materia delicada, que esperar algo también entraña tener miedo, incluso correr el riesgo de desesperarse.

10

Para los griegos, hablar de la esperanza se considera algo impertinente, casi vergonzoso, como si la palabra perteneciera a la más estricta intimidad. La esperanza siempre es tímida y está condenada al silencio y al olvido, como la diosa.

11

La gente feliz no necesita esperanza, no anticipa ni lo mejor ni lo peor, se contenta con vivir. En su cotidianidad, la esperanza se entremezcla con la vida misma, con el ímpetu que les alienta y que surge constantemente, que les lleva a considerar el futuro como la simple prolongación del presente. Si la esperanza existe, es algo «dado por sentado»: no hace falta nombrarla, al igual que la gente sana no siente la necesidad de proclamar que está sana; solo los enfer-

mos necesitan compartir su malestar. Así, en su forma más primitiva y pura, la esperanza es aquello que lleva la vida más allá de sí misma, en un arrebató que precede a la conciencia y que se confunde con el mero hecho de existir.

12

La esperanza radica en ese «dado por sentado»: nace de la vida misma, es indesligable de su arrebató. Precisamente por eso nos cuesta tanto reflexionar sobre ella: en general, lo más cercano se nos escapa.

13

Además, desde hace mucho tiempo, los intelectuales prefieren la carencia a la plenitud, el declive al apogeo, el fin al principio. Creen que esa preferencia subraya su lucidez. Porque el pensamiento crítico se nutre de fisuras y de aporías, prefiere lo «dado por perdido» a lo «dado por sentado». Plantearse lo peor siempre parece más serio que soñar con lo mejor.

14

Si los griegos conceden tan poco valor a la esperanza, si apenas saben de qué se trata, sin duda alguna se debe a que en su espíritu nada de este mundo, ni el pasado, ni el presente, ni el futuro, escapa al escrutinio de los oráculos. Quienquiera que desee conocer el pasado, comprender el presente o prever el futuro debe acudir al santuario

de Apolo, en Delfos, donde los sacerdotes se encargarán de contestarle, interpretando las enigmáticas palabras que brotan de la boca de la Pitia. Esta joven, que habita en el interior del templo, mientras a su alrededor bulle una muchedumbre de viajeros —comerciantes, negociantes, pequeños y grandes propietarios— que esperan que sus augurios les sean favorables, se mantiene a la escucha del Ser del universo. Y cuando rompe su mutismo para transmitir los mensajes que ha recibido, se expresa en un lenguaje críptico, habla otras lenguas, las de las musas y los dioses, tan hermosas como impenetrables, pronuncia palabras extrañas entreveradas con suspiros y gritos, fruto de la mezcla de gozo y de sufrimiento.

Así es como Edipo conoce desde hace mucho tiempo qué le aguarda, pese a que no crea saberlo, cegado como está por su propio orgullo. En el transcurso de su vida, recibe la misma predicción tres veces: primero, por boca del oráculo, cuando de joven acude a Delfos con el propósito de comprender por qué en un banquete un corintio lo tachó de «hijo adoptado»; la segunda vez, cuando el viejo profeta Tiresias, ciego y cojo, se presenta en el palacio para anunciarle que la peste está arrasando Tebas por su culpa —porque ha matado a su padre y se ha acostado con su madre—; y, la tercera vez, cuando Creonte, enviado a Delfos por Edipo, que está desesperado, le confirma la misma predicción que ya ha oído en dos ocasiones.

Al comprender que no hay esperanza; que, de hecho, jamás ha habido esperanza; que toda su vida estaba escrita desde el primer día, desde el orgullo hasta la humillación; que sus esfuerzos para escapar a su destino funesto únicamente lo han precipitado a él, Edipo decide arrancarse los ojos. Aunque ya no ve, el tirano derrotado todavía ve, pero es porque ahora tiene un pie en el otro mundo,

porque ha atravesado el velo de las apariencias y ya sabe quién es en realidad. Y si sigue vivo tal vez solo sea contra la vida misma, contra toda esperanza.

15

La lección de Edipo: incluso cuando saben y ven, los seres humanos no ven que saben y no saben que ven, no quieren saber lo que saben y hacen todo lo posible por no ver lo que ven.

16

Los humanos siempre han preferido los oráculos a los profetas: veneran a los primeros por su poder de inspirar esperanza, mientras que temen a los segundos porque les infunden miedo. Los oráculos son los mediadores a través de los cuales se acude a los dioses para obtener favores y respuestas; los profetas responden a preguntas que nadie ha formulado.

Esa es la razón por la cual los oráculos son ricos y los profetas, pobres; a los primeros se les suplica y a los segundos se les rehúye.

17

¿Qué es la tragedia, sino el descubrimiento de un mundo sin esperanza, donde los seres humanos se inquietan en vano, a la espera de un fin desdichado, temido o conocido de antemano?